

para rizarme el cabello, y voy peinada lo mismo que nuestra cocinera; tengo frío con un vestido ajustado, y paso el día envuelta en una bata de lana y además en un pañolón: ¿qué haré cuando tenga su edad? Me pondré un hábito de estameña y no me lo quitaré, no sólo por devoción, sino por comodidad.

¿Conque no quieres venir á pasar algún tiempo con nosotros? ¡Si vieras cuánto he llorado al leerme Pablo la carta que contiene tu negativa! ¡Dices que le quitarás á él su libertad! ¡Vaya una excusa! ¿Y yo, y yo, abuelita mía, que tanto te amo, que daría un año de mi vida por vivir á tu lado un mes? Pues bien; ¡si no vienes, me iré yo contigo! Sólo tú comprendes lo que vale tu hija... aquí mi hermano no me halla tal como desearía que fuese... él me quisiera coqueta, alegre, elegante... él me quisiera como es la Baronesa, y es imposible que se le asemeje tu

EUFEMIA.

III

Pablo de Hiestrosa á la Marquesa de Valflores.

Madrid, Enero de 1865.

A la verdad, abuelita de mi alma, ó mejor dicho, mi adorada madre, que me encuentro más inquieto y más intranquilo que nunca; sí, tu nieto

con su gran estatura, sus grandes bigotes y su *partido* con las damas, se halla tan perplejo y casi tan afligido como un niño de diez años.

Señora, madre y bienhechora mía, yo te llamaba y te llamo aún para poder depositar en tu noble pecho la amargura que va invadiendo el mío en locas y precipitadas olas: ¿por qué no vienes á nuestro lado? Negras sombras empiezan á envolver el horizonte de mi vida, y necesito de tu bondad, de tu talento, de tu fe cristiana, como el arbolillo sacudido por el huracán necesita el arri-mo de la robusta encina.

¡Oh, mi venerada abuela! ¡oh, madre mía! ¿por qué no son tus cabellos siempre rubios y hermosos como aun los conocí yo de niño? ¿Por qué en lugar de envejecer tú, no envejecemos Eufemia y yo, débiles é inútiles criaturas? ¡Yo quisiera, al besar tus venerables canas, trasladarlas á mi soñadora y calenturienta cabeza! ¡La tuya, donde reside tan augusta inteligencia, debía llevar etèrnamente la corona de la juventud!

¡Desde que te alejaste, mi valor huyó contigo, y en este año de fatal ausencia, las fuerzas de mi alma me han ido abandonando y cada día se ha ido nublando el sol de mi porvenir! ¡Yo quisiera que tú fueras á la vez mi madre, mi hermana, mi esposa! ¡Yo quisiera resumir en tí todos los santos amores de la existencia, porque tú eres lo más noble, lo más digno, lo más bueno que conozco!

El hielo del hastío invade todo mi sér; el pa-

ladar está cansado, y también el corazón lo está de fáciles intrigas; no hay amistad ni hay amor; mi mejor amigo me ha vendido, robándome el corazón de la mujer á quien amaba; ¡y esta mujer me ha abandonado porque mi amigo era más rico que yo! El juego me tiene casi arruinado: ¿por qué ocultártelo á tí? ¡á tí, mi madre y mi único amor en la tierra! Abuela mía, sólo queda en mi alma un rinconcito sereno, como en el cielo tempestuoso sólo queda á veces un pedacito azul, donde rielá una estrella única; pues bien, madre mía, tu recuerdo es la estrella que habita el pedacito azul de mi alma.

Algunas veces pienso en casarme, y me pregunto en seguida:

—¿Pero con quién? No conozco á una sola mujer á quien pueda ó quiera dar mi corazón y mi nombre: yo no amo ya, y veo personificada á la mujer en los dos tipos que tengo á la vista y que viven ó, más bien, vegetan á mi lado.

Mi tía, la extravagante Baronesa Galatea, es la personificación de esas mujeres del gran mundo que trato y que, según dicen mis amigos, *me adoran*; pero ¡qué mujeres! todas, te lo repito, todas están cortadas por el mismo patrón que lo está mi tía: frívolas, coquetas, entregadas completamente á los cuidados del tocador, á pintarse, á hacerse cuerpo y rostro artificiales; ¡así pudieran también hacerse artificial el alma, que se ve en toda su espantosa pobreza!

Esas mujeres que empiezan pintándose á los diez y seis años, llegan, pintándose cada día más, á los cincuenta ó sesenta, y á esta edad aun se coronan de flores y se llenan de arrebol, y se visten de gasa, y van á danzar á los salones; ¡horror! ¿Hay algo más repugnante que la vejez disfrazada de juventud y de belleza?

Esta ha sido la vida de mi tía, y hoy existe esclava de sus dientes, de sus cabellos postizos, de su corsé y de su colorete; así existirá aún algunos años, y cuando llegue para ella la última hora, se hundirá en la tumba sin dejar tras de sí ni una sola afección grave y tierna, ni una lágrima, ni una plegaria.

Pero si me repugnan estas mujeres, todas engañó, tan insoportables ó más me son las que se asemejan á Eufemia: ¡oh madre mía! uno de mis mayores dolores es ver á mi hermana tan descuidada de su persona, *tan casera*, tan entregada á la prosa de la vida: está visto, la mujer ha de ser antipática ó disipada; no puede reunir la virtud á la belleza; la elegancia á la modestia y al decoro; la instrucción á la bondad; la gracia al candor: es preciso que sea insolentemente coqueta ó completamente insociable; que gaste un caudal, ó que viva para no presentarse delante de nadie.

Tú sola, mi buena madre, eres el ideal sublime de la mujer; mi sér rebelde echa de ménos el dulce yugo de tu presencia, de tu ternura... ¿y me dices que serás para mí un embarazo perpe-

tuo? ¡Para mí, que miraría como la más grande de las dichas pasarme la velada sentado á tus piés, viendo cómo trabajan tus venerables manos las gruesas medias que dedicas á los pobres!

Pues bien, si no quieres venir, yo iré contigo: ¡madre mía, yo te necesito! En el desaliento que invade mi alma, yo quiero orar algunas veces, y la oración no acude á mis labios; yo hallo el vacío al derredor de mí; he agotado en tres años todos los placeres que una crecida fortuna y un nombre ilustre brindan á un joven de mi edad; el hastío conduce al desprecio de la vida, y la mía me cansa.

Como ciervo joven y bravio, he recorrido las florestas de la vida y he agotado todos sus perfumes; pero detrás de las pomposas ramas hallé las punzantes espinas; bajo la azulada superficie de los manantiales hallé mucho cieno, y ahora me pregunto: «¿Qué es verdad? ¿Qué es mentira?»

Preciso es, pues, ó que tú vengas á derramar un poco de bálsamo sobre las heridas de mi alma, ó que yo vaya á respirar el aire embalsamado de ese valle, á sentarme á la orilla de ese caudaloso río, á oír el canto de las palomas á la falda del monte, y el tañido de la campana que llama á la oración; preciso es que vaya á arrodillarme á los piés del altar donde tomé por la primera vez el sagrado pan; preciso es que tu bendición refresque esta frente enardecida por el torbellino del mundo, y que pidas al cielo por mí!

Madre mía, ¿me parezco á mi padre? Yo no sé qué triste y negra historia es la suya; tú no me la has contado jamás, pero yo he oído palabras terribles, rumores sordos y siniestros, sobre todo desde que mi tía ha llegado.

Ayer mismo Eufemia le preguntaba si nuestra madre era hermosa.

—¡Como la luz del día! respondió en su lenguaje enfático; sin embargo, mi pobre hermana fue muy desgraciada con su esposo; valía más que éste hubiera hecho antes lo que hizo después.

¿Y qué hizo? exclamó Eufemia, en tanto que yo escuchaba mudo y aterrado.

—¿Qué hizo? ¡Se mató!...

—¡Mi padre! ¡se mató mi padre!... grité yo.

—¡Ah! ¿no lo sabiais? repuso mi tía. Entonces será que yo estoy mal informada: me hallaba en el extranjero... ¿Pero cómo habiais vosotros de ignorarlo si fuera verdad?... ¡No lo creo... no lo creo, ni lo creáis tampoco!

Era tarde: ya sabemos que nuestro padre fue un suicida; yo estoy seguro de ello, y sólo dejaré de creerlo cuando tú, madre mía, me digas que no es verdad.

¿Estaré yo también predestinado para ese fin fatal? No, no: ¡es imposible! ¡yo te amo más que te amó mi padre, porque él tenía esposa é hijos y yo no tengo más que á tí!... ¡y tú morirías de pena si yo muriera!

Vamos, es, pues, necesario que yo te vea, que

te oiga, que te hable; tu Pablo quiere arrodillarse delante de tí y confesarte todas sus locuras, y que le absuelvas y le dejes besar esas manos que se ocupan en enseñar á leer á las pobres niñas de la aldea.

El mejor de mis amigos me dijo anoche:

—Estás malo y no lo sabes: véte al campo y pasa allí un mes al lado de esa santa señora que es dos veces tu madre.

Sólo aguarda que le quites la esperanza de tu venida pára ir á abrazarte, tu hijo

PABLO.

IV

La Marquesa de Valflores á la Condesa de Wallenstein, canonesa del capitulo de damas nobles de Francfort.

Madrid, Enero de 1865.

Al recibir tu última carta, mi inolvidable amiga, si no dichosa, vivía yo tranquila, porque creía dichosos también á mis hijos, único amor que me liga á la tierra, así como es la tuya mi única amistad; pero ¡ay de mí! el pesar me abrumba, y preciso será que, según mi costumbre, te dé una parte de él, como te la he dado siempre de mis escasas alegrías.

¡Oh, mi Gertrudis! en vano me he afanado por

sembrar en el alma de mis huérfanos las semillas que, según yo creía, habían de producirles la tranquilidad y la dicha. ¡Esta tierra fértil parece destinada sólo á producir dolores, y, te lo repito, en vano quiero separar de ellos el fatal destino que presidió á la vida de mi pobre hijo, de su desventurado padre!

Pablo tiene un talento tan extraordinario, una imaginación tan fogosa, un corazón tan grande, que la superabundancia misma de estas dotes le extravía y le hace andar errante por los ásperos senderos de una juventud disipada é inútil.

¡Todavía no tiene veinticinco años, y ya es un hombre gastado que va siendo escéptico á pasos de gigante! Su colosal inteligencia (que, no obstante, es tan pequeña ante la eterna sabiduría), su orgullo, herencia en los hombres de su temple del ángel caído, se rebelan contra los misterios de la religión: duda, y bien pronto negará lo que no puede comprender; hé aquí al ateo, y, en mi hijo, al ateo seguirá el suicida!

¡Tal fué la fatal carrera de su padre; viuda yo desde muy joven, no me fué posible dulcificar y sostener aquella ardorosa y demasiado exuberante naturaleza; la sociedad, con su impuro aliento, deshacía mi obra de cada día, y cada noche dejaba León en el gran mundo los jirones del sagrado velo de la fe, con que yo pretendía envolver delicadamente su alma!

Mis cuidados fueron inútiles; el hielo del has-